

CARMEN V. VALIÑA

Las locas que  
no lo eran

Traducido del gallego por la autora

## ÍNDICE

Carmen (una introducción), 9

1. La loca que no lo era, 15

2. Esas histéricas insoportables, 27

3. Aquellos hijos que nos enloquecieron, 33

4. Padre, dame vino, 37

5. Sabes que tienes un hijo... y ni el apellido le vienes a dar, 45

6. Cuando una violación era un susto, 51

7. No os fieis de los hombres, 59

8. Viudas de vivos, 67

9. Firma del titular: no sabe, 73

10. Como están tan lejos no vienen a verme..., 85

11. Las locas que mataron, 101

12. Anda y vete por el mundo, 107

Mírame, ¿de verdad te parezco una loca?, 113

Bibliografía, 117

## CARMEN

(UNA INTRODUCCIÓN)

ESTABA HERMOSO BAJO AQUELLA mañana. Carmen se había puesto su mejor vestido. No había muchos en casa de labradores, pero aquel era un día especial: papá le había contado que irían a Santiago. Raúl, el vecino, conduciría el único automóvil del pueblo para llevarlos. Carmen recordaba un único día en el que, de niña, había visitado Compostela. Cuánto había cambiado desde entonces... Ahora tenía treinta años y un hijo de cinco. Seguía viviendo en casa de mamá y papá, porque, ¿quién querría casarse con una madre soltera?

Esa mañana nada de aquello importaba. Papá no era muy detallista, así que a Carmen le sorprendió aquel regalo inesperado en forma de visita a la ciudad. También el abrazo de mamá, apretado como si fuera el último, largo como un día de verano. Al niño solo le dio un beso fugaz y la promesa de volver con un puñado de caramelos.

El auto enfiló el camino hacia Santiago, pero no se detuvo allí. Continuó avanzando campo a través. Carmen no entendía a dónde iban, pero Raúl conocía el camino y la brisa cálida de agosto se colaba entre los cristales. Ella solo quería dejarse ir lejos de la monotonía del campo, de la miseria en casa, de las peleas familiares.

Se detuvieron ante un edificio enorme, de piedra. Los tres se bajaron del coche. Papá llamó a la puerta y una monja abrió con mirada inquisitiva.

—Aquí está mi hija —musitó.

—¿A dónde me has traído, papá?

Carmen enfiló el camino de vuelta al auto, pero Raúl sujetó su brazo derecho. Desde dentro salieron otros dos hombres con ropa de enfermeros y la premura instalada en sus pasos.

Raúl apretó más fuerte y los dos hombres la introdujeron casi en volandas dentro del edificio. Solo hubo tiempo para lanzar una última mirada a papá, que lloraba sobre el quicio de la puerta. Carmen nunca lo había visto así. Y jamás volvería a ver a su padre. Había sido recluida a la fuerza en un manicomio.

LA HISTORIA de la locura es un relato que se ha escrito con la letra de la medicina. Aséptica, supuestamente objetiva, aparentemente basada en una descripción impersonal de diagnósticos y tratamientos.

Pero ¿qué ocurre cuando la locura te mira a los ojos? ¿Qué sucede cuando te encuentras un archivo en el que constatas que aquellas locas se las arreglaron para dejar por escrito sus palabras, aunque fuesen analfabetas, y contaron quiénes eran y por qué estaban allí? ¿Cómo no preguntarse si tú podrías haber sido una de ellas de haber nacido en otro tiempo? ¿No hiere tanto a veces la vida que todas sentimos que nos podríamos volver locas?

Este no es un libro de historia al uso. O, digamos, es un libro de historias en plural: las de las que nunca importaron. La de tu abuela, la de mi bisabuela perdida en la bruma del tiempo, la memoria de las locas que no lo fueron desgarrando las páginas con lo único que no pudieron quitarles en aquel manicomio: el coraje para contar que la historia no siempre es como nos la cuentan.

Este es un libro militante, nace de la periferia que habito y me habita: no es solo un libro sobre un manicomio olvidado en una Galicia olvidada; es el relato de las olvidadas entre las olvidadas,

por mujeres y por locas, y eso, lamentablemente, no entiende de tiempos ni de fronteras. Entre 1885 y 1936, las internas en el Manicomio de Conxo, por aquel entonces un pueblo cercano a Santiago de Compostela, tenían todos los ingredientes que condenan a una persona a la marginalidad: mujeres, locas, pobres, analfabetas.

Pero aquellas historias clínicas, sus registros de entrada, sus historias familiares y sus fotos de carnet tienen la potencia de lo profundamente humano: la subversión de Amalia fumando cigarrillos rubios en el vapor Habana que la traía de vuelta a casa; la carta plagada de ternura que María envía a su hija Joaquinita un 26 de julio de 1932, tras unas Navidades y una primavera en el infierno: «Yo sigo bien. Joaquinita, sé bueniña, y ya sabes que te quiero mucho»; la mirada sin esperanza de Elena, a quien imaginas amasando tus manos de nieta y el pan de la tarde, y no trabajando en el costurero de un manicomio.

Los puntos suspensivos en una carta, la mayúscula que resalta lo que hizo tanto daño, los silencios que nos hablan de un tiempo de oscuridad y miseria, las repeticiones de los días y los sinsabores, los recuerdos de los hijos que se leen intuyendo que había una sonrisa en quien escribía sobre ellos... En las palabras que cada una de estas mujeres escogieron arde una llama que nos interpela: «Estoy aquí y quiero que me escuches».

En la historia de los hechos grandilocuentes no tiene cabida el detalle, pero en la capotita que Carmen tejió para la muñeca de su hija se encierran mundos que no pueden entreverse en ningún documento oficial. «El margen sabe lo que el centro olvida, seguramente porque la memoria es el poder del vencido», decía Reyes Mate, y yo no puedo estar más de acuerdo.

Pero ¿de qué sirve la memoria cuando quienes padecieron el olvido ya no están para contarlo? Amalia, María, Carmen y todas las mujeres «locas» que aparecen en estas páginas murieron hace muchos, muchos años, pero lo que nos dijeron cambia la historia, porque bajo la superficie de lo que estudiamos en los manuales

está lo que no llegó a ser, lo fracasado, lo rechazado, lo ausente. Al haber sido desterradas de la historia, nos cuentan otra, la que nacía de la locura y la marginación.

¿Estaban locas de verdad? Sus historias nos muestran cómo solo una pequeña parte de ellas tenía en realidad trastornos mentales. Las demás eran alcohólicas, aficionadas al sexo, solteras con hijos, buscadoras de libertad al otro lado del Atlántico... La locura es una enfermedad curiosa que cada época moldea y define. ¿Estoy loca por ponerme a gritar cuando descubro que mi marido ha creado una nueva familia en Argentina? ¿O por tener cincuenta años y hacer una maleta para irme sola a Madrid? ¿O por perder la cabeza por aquel vecino que nunca se casará conmigo?

El Decreto sobre la asistencia de enfermos mentales de 1931 señalaba como razones para admitir a una persona en un establecimiento psiquiátrico la enfermedad y la peligrosidad de origen psíquico, la incompatibilidad con la vida social y las toxicomanías incorregibles que pusiesen en peligro la salud del enfermo o la vida y los bienes de los demás. ¿Dónde quedaba ahí la función terapéutica del manicomio? ¿Se reflejaba así por escrito que las mujeres incómodas para sus familias o para la sociedad podían ser internadas? ¿Se llegaba a considerar incompatibles con la vida social a una madre soltera, a una alcohólica, a una joven que mantenía relaciones con hombres antes del matrimonio? La psiquiatría como aliada de lo aceptable socialmente, porque, cuando esto último se viste con los ropajes del juicio clínico más objetivo, ¿quiénes somos nosotras para desafiarlo?

Conxo fue la mayor institución psiquiátrica del noroeste peninsular hasta bien entrado el siglo xx, y el único caso en toda España de hospital psiquiátrico propiedad directa de la Iglesia. En este centro entraron y en muchos casos terminaron sus días cientos de mujeres en su mayoría analfabetas, que no habían conocido más que miseria, y que de un modo u otro no encajaban con lo que se esperaba de ellas.

Hasta su fundación en 1885, cárceles, asilos y pequeños hospitales locales recluían a las «locas» gallegas mientras esperaban su traslado a Valladolid, el manicomio más cercano. Un destierro de meseta y soledad, tan lejos del *orballo* que caía en el pueblo, de las vacas rubias caminando a tu lado una tarde de primavera en la aldea. En Conxo, la clasificación interna era de corte fundamentalmente económico: en primera clase, los internos disponían de habitación independiente, grande, soleada, aireada, y de un servicio especial de alimentación que incluía cocido, tres platos, postre y hasta chocolate. La comida se iba reduciendo conforme lo hacía la tarifa mensual, hasta llegar a los escalafones más bajos, los de las personas recogidas por las diputaciones provinciales como pobres de solemnidad. Porque la locura, por supuesto, también entiende de clases.

En el cuestionario de entrada, a las mujeres se les hacían preguntas tan alejadas de su realidad como lo estaba aquel manicomio a donde no sabían ni por qué habían llegado. Complicado que puedas señalar los puntos cardinales si todo el mundo te dice que has perdido el norte. Imposible que dividas seis entre dos si nunca fuiste a la escuela. Recordar dónde pasaste la última Nochebuena, tu cena, un año más, miserable, es algo que no quieres hacer. ¿Cómo saber en qué época del año estás si detrás de los muros de un manicomio siempre es invierno?

La España de finales del siglo XIX e inicios del XX en la que vivieron antes de ser encerradas ofreció a estas mujeres el brillo engañoso y frágil de la libertad que iba naciendo. Era una libertad con sabor a ciudad, a jovencitas empleadas en los nuevos oficios del sector servicios, chicas que se cortaban el pelo y la falda, que fumaban y eran vanguardia de una libertad que en los pueblos y aldeas ni siquiera se intuía.

Qué lejos quedaban aquellas «modernas» de un mundo rural donde las «locas», ya entrados los años setenta del siglo XX, seguían sin saber firmar con su propio nombre. Y, sin embargo, también a aquellos pueblos y aldeas llegaban los ecos de un mundo nuevo, de

mujeres que no eran solo labradoras como lo habían sido sus madres y abuelas desde el principio de los tiempos, sino que ahora —como ellas mismas nos cuentan en sus expedientes— también podían aspirar a convertirse en profesoras, modistas, churreras. El mero hecho de que existiesen tales referentes, aunque no fuesen mayoría, era un espejo poderoso para soñar con una vida distinta. Por eso en los expedientes de muchas de aquellas que terminaron encerradas encontramos deseos de partir, maletas que no conducían a ninguna parte, ecos de la emigración desde el otro lado del Atlántico.

Esos procesos de cambio social resultaban peligrosos para el orden establecido porque lo ponían en cuestión: patologizar y convertir en enferma a una mujer que en realidad no lo estaba, pero que transgredía lo establecido, parecía una buena estrategia. Incluso en un rincón olvidado de una Galicia olvidada, los ecos del cambio llegaban, aunque lo hiciesen con el ritmo lento de la cosecha y la siembra: aumentaba la edad de matrimonio, se reducía el número de hijos, se incrementaban pues las solteras, y ese mayor tiempo de permanencia en el hogar implicaba que muchas mujeres tuviesen que trabajar para que la familia pudiese subsistir.

La historia de Carmen es imaginada. Pero en las páginas que vas a leer a partir de ahora todo es real, insoportablemente real. Nos han enseñado una historia de vencedores. Pero ¿qué pasa con quienes perdieron todas las batallas? ¿Dónde quedan, entre diagnósticos y tratamientos médicos, las vidas perdidas y sacrificadas de quienes no tuvieron ninguna oportunidad de salvarse a sí mismas?

No caben la impasibilidad y la neutralidad ante el sufrimiento que padecieron esas locas que nunca lo fueron. Recuperar su memoria es una cuestión de justicia, el deber de una mujer orgullosamente rural para con esas otras mujeres, ancestras de pueblos y aldeas, que no tuvieron ninguna oportunidad. Porque sin memoria de la injusticia no hay justicia posible.

## LA LOCA QUE NO LO ERA

*A Carolina é unha tola  
que todo o fai ó revés,  
vístese pola cabeza  
e díspese polos pés*

A saia da Carolina

Los OJOS CON LOS que se mira a la locura tienen el poder de moldearla. La categorización de las enfermedades mentales es hija de su tiempo. Carmen P. mira con curiosidad al fotógrafo que la retrató para la ficha de su historia clínica. Lleva el pelo corto y se intuyen unos pequeños pendientes en forma de aro adornando las orejas. No se indica la fecha de la foto, pero la tomaron muchos años después de que, con diecinueve años, un 25 de agosto de 1926, llegase al manicomio de Conxo. El camino desde la aldea de Pereira, en Pontevedra, hasta Santiago habría sido tórrido aquel verano. Me pregunto si conocía su destino. Si la engañaron. Si cuando salió de su aldea pensaba que la llevaban a conocer la ciudad, a buscar un nuevo trabajo atendiendo a un señorito. Si simplemente la subieron en un coche contra su voluntad y la dejaron a las puertas del manicomio. Carmen era labradora, y en su historia clínica siguió manifestando deseos de volver a casa, de trabajar en el campo. Una vida entre cosechas y siembras, el curso natural del amanecer y el ocaso, que se detuvo aquella mañana de agosto.

Hay en la esquina superior derecha de su historia clínica una anotación terrible: «No tiene familia. La internaron al morir la abuela, con quien vivía». Y otra que me hace imaginarla pequeñita, vulnerable, diecinueve años y fuera de su aldea: «No sabe por qué la trajeron a esta casa». Las historias clínicas comienzan a utilizarse fundamentalmente a partir del siglo XIX como una manera de consignar por escrito la evolución de cada paciente. Muchas de las conservadas en Conxo constan apenas de un par de líneas, de un par de hechos a lo largo de toda una vida. ¿Sigues existiendo aunque nadie cuente tu historia?

Veintisiete años más tarde de las primeras anotaciones sobre Carmen, una posible explicación para su locura: «Dice la enferma que la trajeron por estar mal de la cabeza; que se puso mal cuando tuvo una hija, a la que ingresaron en la inclusa». La maternidad de una madre soltera de diecinueve años sin familia a la que le arrancan a su hija recién nacida. En una frase, mil tragedias. «Escapó de la casa en la cual estaba sirviendo porque le pegaban, y aquella casa era suya, aunque su abuela se la pasó por venta a esas señoras y ella quedó sin nada. Escapó para casa del cura, pero él también le pegaba; hasta que la trajeron del sanatorio». ¿Quién no se volvería loca?

En 1973, Carmen es trasladada a la residencia de ancianos de Betanzos García Hermanos «por carecer de familia». Aquella falta de vínculos, aquella ausencia de comunidad protectora fueron la causa de su encierro y de la marcha de la que había sido su casa durante los últimos cincuenta años. Desde el sepia de la fotografía de su expediente, Carmen nos mira casi un siglo después de su encierro. Era hija de otro tiempo, de miseria y olvido. Devolverle la mirada es un ejercicio de justicia.

Unos años antes, en 1921, una mujer con discapacidad intelectual, Aurelia B. M., terminaba en un manicomio y era calificada de «loca». Medio siglo más tarde, alguien llegaba y miraba a la locura con otros ojos. Descubría, entonces, que Aurelia no padecía la enfermedad mental que la había llevado a pasar media vida encerrada.

De Aurelia no hay documentación hasta los años setenta, a pesar de que había llegado a Conxo un lejano 28 de junio de 1921. Entonces tenía treinta y un años y entró como religiosa. En los años treinta fue diagnosticada de oligofrenia, lo que hoy conoceríamos como discapacidad intelectual. Tiene la oligofrenia una etimología tan bella como terrible, heredada del griego: la pequeña mente.

Lo que en los primeros informes de inicios de siglo eran alucinaciones se entiende en los setenta como frases de su vocabulario. «El Peludo no era nada. Ella llamaba así a los camareros bajo cuyo mando estaba y que la agobiaban», se anota en la esquina superior derecha de su historia clínica en bolígrafo bic azul, muchos años después de que aquella historia fuese comenzada a escribir. Entonces se decía que «el Peludo no la deja en paz», y era aquello un signo de locura. La potencia de la mirada...

Y en ese vocabulario en el que los miedos de la infancia se seguían reproduciendo, Aurelia volvía a ser la niña que habría sido en Muros, recordando a su madre desde un manicomio que para ella fue cárcel: «Los calabozos de Conjo no me dejan buscar a mi mamá».

El 27 de marzo de 1973 es trasladada a un asilo, y el médico anota, en 1975, seguramente con perplejidad, cómo «se relaciona estupendamente, relata toda su vida sin dificultad».

En la narración de aquella vida, Aurelia dejó su huella y, de esta manera, evitó el olvido y resignificó nuestra mirada sobre ella. Resistió más de cincuenta años encerrada y supo, al final, encontrar a alguien que la escuchó. En un informe del 21 de febrero de 1975 «relata ella que la encerraban, le daban trompazos y ponían manoplas». Ahora sabemos que Aurelia no estaba loca. Y que hizo falta medio siglo para que nos contase una historia de violencia y resistencia, la suya, con sus propias palabras.

También lo hizo Juana L. No sabía leer ni escribir, nunca fue a la escuela, pero se convirtió en la narradora de su propia historia, compartida con tantas otras mujeres de los años treinta que no

## BIBLIOGRAFÍA

- CHESLER, Phyllis. *Mujeres y locura*. Miranda de Arga: Continta me tienes, 2019.
- FOUCAULT, Michel. *El poder psiquiátrico*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- GARCÍA DÍAZ, Celia. *Mujeres, locura y psiquiatría: la sala 20 del Manicomio Provincial de Málaga (1909-1950)*. Málaga: Universidad de Málaga, 2019.
- MATE, Reyes. *La herencia del olvido*. Madrid: Errata Naturae, 2008.
- Rivera Garza, Cristina. *La Castañeda: narrativas dolientes desde el manicomio general, México, 1910-1930*. Barcelona: Tusquets, 2010.
- SIMÓN LORDÁ, David. *Locura, medicina y sociedad: Ourense, 1875-1975*. Ourense: Fundación Cabaleiro Goás, 2005.